

Francisco Zaragoza Zaldívar

# EL PLANO Y LA BRÚJULA



# EL PLANO Y LA BRÚJULA

Por Francisco Zaragoza Zaldívar

© Francisco Zaragoza Zaldívar, 2014  
Editorial La Flota  
Avenida del Puerto, S/N. La Habana, Cuba  
[www.laflotaeditorial.com](http://www.laflotaeditorial.com)  
ISBN: 978-1503247116  
Diseño y diagramación: Helga Montalván  
Segunda Edición: 2014

*La mar violeta añora el nacimiento de los dioses  
Ya que nacer aquí es una fiesta (del Guatao) innombrable*

## PRÓLOGO

*El plano y la brújula* es un pastiche, una colcha de retazos donde concurren diversos géneros literarios -la novela histórica, la policiaca, la novela erótica y la de ciencia ficción- y en la cual se relacionan explícita o subrepticamente varios textos canónicos de la narrativa universal e hispanoamericana. El lector enterado descubrirá con facilidad fragmentos de Borges, Cortázar y Breton y notará las resonancias de Carpentier, García Márquez o Sade.

Así, si algún mérito le cabe a esta obra, estriba en el grado de pericia con que ha sido resuelto el desafío de combinar, en un relato coherente -relato que exagera el procedimiento de la motivación mediante anticipaciones, recurrencias y ecos internos- la multiplicidad y variedad de los géneros y textos parodiados, así como la amplitud de los hechos históricos referidos, hechos a primera vista contingentes y desvinculados entre sí.

Vale decir que más que como recreación de ciertas novelas pertenecientes al thriller histórico, muy de moda en las últimas décadas, *El plano y la brújula* se escribió contra ellas. Ha de entenderse, por consiguiente, como una toma de posición contra Dan Brown e inclusive contra Umberto Eco: un discreto y juguetón rescate de la herencia literaria de Jorge Luis Borges y de Italo Calvino. Asimismo, el libro desmantela la sagrada mesa en la que sirven su banquete patriótico José Lezama Lima y los escritores de la revista *Orígenes*. No instituye una era imaginaria ni postula tampoco una teleología insular, sino que más bien pretende que tomemos conciencia, socarronamente, de la pesadilla de nuestra condición histórica. Pues, como observó con exactitud la primera de sus críticas, esta novela presume que "aquellos polvos traen estos lodos".

Las posturas aducidas, no hay cómo negarlo, delatan las obsesiones, deudas y cortapisas de la formación filológica del autor. Pero este en realidad es un hombre de ambiciones mínimas. En efecto, si al lector le llegara a resultar amena la obra, lo suficientemente amena como para servir de contrapeso a la monotonía de un viaje o para rivalizar con los encantos del paisaje que se ofrece a través de la ventanilla de un tren, el autor se dará por satisfecho.

## Índice

### PRIMAVERA

1

2

3

4

### VERANO

5

6

7

8

### OTOÑO

9

10

11

12

### INVIERNO

13

14

15

16

epílogo

## PRIMAVERA

### 1

De todos los problemas que ejercitaron la temible suspicacia del inquisidor Erico Lorenzo, ninguno tan extraño –tan ridícula y ritualmente extraño, pensaban sus propios hombres– como la zodiacal serie de hechos de sangre que habría de culminar en el barco *La reina triste*, en medio del olor a sargazos podridos. Es verdad que Lorenzo no lograría impedir el último crimen, pero resulta indiscutible que lo previó. Tampoco adivinaría la identidad del vengativo y persistente asesino, pero sí la secreta morfología de la serie y la participación de Bautista Antonelli, Antonelli el de Romaña, cuyo segundo apodo era Antonelli el ingeniero. El hacedor de fortalezas había vaticinado un fin dramático y espectacular para Lorenzo, pero este no se había dejado intimidar. Lorenzo se creía un siervo de Dios, el Torquemada de su siglo, pero algo de cruzado había también en él, y hasta de gladiador.

El primer crimen digno de llevar tal nombre ocurrió en una de las orillas del puerto de boca estrecha. Consistía, en realidad, en el tercero de la serie. Nadie reparó en la secuencia hasta que el día veintitrés de marzo por la mañana unos pescadores encontraron flotando en la bahía el cuerpo desnudo de un indio al que le habían amputado las piernas. El verdugo había atado la cola de un pez espada a los muñones de la víctima. En la panza, el muerto ostentaba el dibujo de un óvalo, con un rombo imperfecto cuyas cuatro puntas tocaban por dentro el perímetro curvo. Como el cadáver llevaba varios días en descomposición, el cuerpo hinchado y oscuro recordaba siniestramente un manatí.

Un par de horas después del hallazgo, el alguacil Francisco Treviranus, miembro del Tribunal del Santo Oficio, y Erico Lorenzo, inquisidor de México que velaba por la Villa de La Habana, debatían con pasión el problema. Ambos compartían la barca y hacían un solemne esfuerzo por mantener el equilibrio mientras charlaban. A su alrededor, en otros botes, soldados, familiares del Santo Oficio y atónitos religiosos escrutaban la escena.

Para Treviranus, no había por qué buscarle tres patas al gato.

—Todos sabemos que el Tribunal de la Santa Hermandad solo viene a la Villa de La Habana una vez cada dos o tres años. Alguien, por motivos que no vale la pena descubrir, estará tratando de mofarse de la Inquisición en esta nueva visita. Para ello ha decidido echar mano a un indio que probablemente se ha encontrado ya muerto, tesis verosímil si consideramos el número de los que perecen a diario en la isla. El falso asesino le ha serrado las piernas a la víctima. Luego le ha puesto esa cola de pez, para que usted se enverede tratando de desentrañar ilusorias conjuras. ¿Qué le parece?

—Posible, pero no interesante —respondió Lorenzo—. Usted podrá replicarme que la realidad no tiene la menor obligación de ser interesante. En ese caso, yo le replicaré que la realidad puede prescindir de esa obligación, pero no nuestras conjeturas. En la que usted ha improvisado interviene copiosamente el azar. He aquí un indio muerto, con los signos de un óvalo y de un rombo dibujados en el vientre. Yo preferiría una explicación puramente indígena, lo que, dicho de otra manera, se traduce en una explicación satánica, y no los imaginarios percances de un imaginario bromista y saqueador de cadáveres.

Treviranus respondió que no le interesaban ni las explicaciones indígenas ni las satánicas. Le interesaba la captura del mequetrefe que se estaba burlando de las autoridades al amparo de la oscuridad de la noche. El alguacil estaba

convencido de que los dos signos que tanto le llamaban la atención a Lorenzo no pasaban de un señuelo para embaucar la proverbial suspicacia del inquisidor.

—No tan mequetrefe— respondió Lorenzo. Vea que además de los signos, nos ha dejado un mensaje en el pecho del muerto.

Treviranus se agachó en el bote y observó con atención el pecho terso del indio. La carne roja que asomaba por unas incisiones realizadas en la piel a punta de cuchillo, delineaba una serie de caracteres en latín.

“La noche es igual al día”, tradujo Lorenzo.

El inquisidor vio en este detalle una pista de peso. Bruscamente latinista, le ordenó a uno de los hombres que lo acompañaban que anotara aquella frase, mientras se disponía a saltar a un bote vecino donde otros dos familiares del Santo Oficio lo aguardaban para regresar a tierra. El alguacil Treviranus, en cambio, vio en el uso del latín un motivo más para pensar que el fingido autor del crimen sería alguna de las figuras principales del pueblo, quien trataba de tomarles el pelo a los temibles visitantes.

Cuando Treviranus estaba a punto de sugerirle a Lorenzo que hicieran la lista de los hombres de la villa que sabían latín, cosa que sin dudas reduciría el círculo de los sospechosos, el inquisidor, después de tomar impulso para saltar a la otra barca, desapareció ante sus ojos. Lorenzo había tropezado y caído de bruces en las aguas plomizas de la bahía.

Los segundos que siguieron a la inmersión les parecerían infinitos a los presentes.

## 2

Juan de Tejeda podía ufanarse de su condición de maestro de campo, artillero y amigo íntimo de algunos grandes de España. Antaño había gozado de muchísima fama, pero ahora se forjaba un voluntario olvido en una fortaleza que había ordenado construir en la bahía de Matanzas, una de las más bellas de la isla de Cuba.

Aunque hacía ya dos años que había pedido que lo sustituyeran en su cargo de gobernador, alegando ante el Rey que su deteriorada salud le impedía ejercer eficazmente su cometido, había acumulado tanto poder durante su gobierno que el sustituto que le entregó sus credenciales en el Castillo de La Fuerza venía a visitarlo cada tres meses, para pedirle apoyo a fin de que se obedecieran sus decisiones.

Juan de Tejeda sonreía cabizbajo y acto seguido le dictaba varias cartas a su ujier, dirigidas a los notables de San Cristóbal de La Habana. Después de pensar los papeles con el sello de su anillo, Tejeda le entregaba las misivas al nuevo gobernador, el señor Maldonado. "Reúna a los hombres y deles las cartas de mi parte. Verá como lo apoyan".

Nadie en la villa se lograba explicar por qué Tejeda había abandonado su sitial a la cabeza de una de las plazas mejor defendidas de todo el Caribe y se había marchado a aquel puerto vecino, a vivir en la soledad del fuerte de madera y barro que el ingeniero Antonelli le tuvo que improvisar a pesar de lo contrariado que se sentía por ello. Muy poca gente, sin embargo, perdía su tiempo conjeturando sobre el tema: había mucho de qué ocuparse, y todos sabían que en realidad Tejeda nunca había dejado de mandar.

Desde el día en que Juan de Tejada holló el suelo de Cuba por vez primera, acompañado del ingeniero Bautista Antonelli con la misión de fortificar todos los puertos del Caribe que fueran cruciales para el tránsito de las flotas del oro, los negocios de la gente de más rango en el país habían prosperado fabulosamente, de los hateros de La Habana a los comerciantes bayameses, sin excluir a vegueros, mercachifles, ganaderos y fabricantes de azúcar. Y mientras los negocios fueran bien, podían cerrarse los ojos a los caprichos inexplicables del jefe.

Los administradores de la Corona que arribaban a Cuba para velar por los intereses del Rey, sospechaban que Tejada había malversado la mayoría de los recursos destinados por Felipe II a defender la amenazada Carrera de Indias. Al indagar con el auxilio del aguardiente entre soldados, marineros y funcionarios de la localidad, los supervisores oían decir que Tejada había repartido dinero, a cambio de favores, entre amigos y enemigos en el país. Que había financiado una expedición secreta a La Florida para encontrar la misma fuente de la eterna juventud tras la que se hubiera perdido muchos años antes el gobernador Hernando de Soto. Que reexportaba a los virreinos de la Tierra Firme los productos fabricados en los países herejes que recalaban de contrabando a Bayamo, haciéndoles un estúpido favor a los comerciantes luteranos. Que con los ducados de las arcas reales había dado inicio a un provechoso negocio en el que les compraba a los portugueses los negros que estos le traían desde las costas de África, para después él mismo, con la ayuda de muchos secuaces, revendérselos como esclavos a las más poderosas familias de los virreinos. Que como en Nueva España y en el Perú el oro y la plata manaban de la tierra igual que la arena en el desierto, nadie dudaba en pagarle por los esclavos los precios exorbitantes que Tejada pedía, de modo que los beneficios de aquel tráfico eran tan grandes que había dinero para todos los lujos posibles, como mandar a traer hielo de Europa o comprar seda del galeón de Manila para cubrir la piel de

durazno de una concubina infatigable, y aún sobraba para reinvertir en la adquisición de más negros con los portugueses y así seguir el ciclo sin fin de una industria más próspera que la de vender especias en Europa.

Ninguno de esos administradores de paso, sin embargo, había osado denunciar a Tejeda, porque se sabía que los pocos adversarios que tuvo al inicio de su gobierno habían servido de cebo a los tiburones en las noches inclementes del Mar de las Antillas.

Tejeda conocía mejor que nadie la fama que se había granjeado. Sus hombres lo mantenían al corriente de todo lo que se comentaba y se hacía en la isla. Sin embargo, cada vez le importaba menos lo que le venían a contar. En otra época tal vez se hubiera reído con el rumor de que le había seguido los pasos a Hernando de Soto. Pero desde hacía varios años, desde que se le agudizara la enfermedad que prácticamente le impedía andar, lo único que realmente ansiaba era estar en paz, lejos de todos, y poder curarse. Por eso se había retirado a aquel castillo irreal, edificado en un cayo que presidía las noches pobladas de luceros de la bahía con forma de anfiteatro.

Allí, acodado en el balcón, sobre el promontorio desde el que podía oír el oleaje que se estrellaba contra las playas, Tejeda esperaba. Detenía la vista durante horas sobre una inquieta columna de fuego que manaba de las rocas del cayo. El gas de azufre que escapaba de las entrañas de la tierra ardía sin cesar, sirviendo de faro por las noches. La antorcha se agigantaba en las aguas, como un surco de color oro y sangre, y quienes contemplaban esa imagen se sentían ínfimos y solitarios y deseaban desenfrenadamente verse rodeados de calor humano.

Pero no Tejeda. El exgobernador ya no echaba de menos las villas, la aglomeración de la gente en las plazas y ferias, el mundanal ruido, la sombra agradable en las callejuelas. De las cosas que cobijaban las ciudades, había renunciado

desde hacía tiempo a la única que hubiera podido interesarle en otra época: el confesionario de una iglesia.

“Yo, padre, soy pecador. Peco por soberbio y no perdono que Dios me haya olvidado. Soy el que más moros mató después del Cid en toda España, pero ninguna gloria recibí con tantas muertes...” Así hubiera querido comenzar Tejada su coloquio con el cura de haber ido a una iglesia. Pero nunca más se atrevería a poner los pies en un confesionario. Tal vez solo llamaría a un religioso en la extremaunción. ¿O es que Dios lo fulminaría antes?

“Yo, señor, maté a dos mil moros en una sola mañana, moros viejos y jóvenes, niños y niñas... Los maté a todos en un instante, sirviendo a mi Rey. Lo hice por obedecer nuestra fe... ¿Por qué me olvidó Dios y no me premió con un cuerpo saludable?” Así le hubiera dicho al señor Padre, para que le impusiera severas penitencias, lo mandara a rezar, lo recriminara con palabras graves y al final lo perdonase. Pero ahora no valía la pena arrepentirse. Ya no había cómo volverse atrás.

Hacía más de veinte años de los acontecimientos. Mucho tiempo acaso, pero Tejada aún podía recordar los detalles sin esfuerzo. Los moros se habían sublevado porque les habían prohibido que usaran sus ropas, les estaban quemando sus libros, los acusaban de ser falsos conversos y de practicar su propia religión a escondidas. No les toleraban que hablaran en su lengua y les empezaron a arrebatar con cualquier pretexto sus tierras y sus riquezas. Muchos se habían ido a la sierra y se decía que habían pedido socorro a los turcos y que el monarca otomano preparaba una invasión. Su Alteza Felipe decidió que había que eliminarlos.

Dominar a los de las ciudades no fue difícil, porque a fin de cuentas no eran más que civiles. Se rendían y aceptaban resignados que los cambiaran de pueblo. Ellos confiaban en su influencia por todo el sur de España y en que enseguida tendrían a comendadores y a representantes trabajando otra vez a su favor. No por gusto el Rey los quería ex-

patriar: el Imperio solo se iba a librar de esa plaga si los sacaban del país para siempre.

Dominar a los de la sierra, en cambio, demoraría muchos meses. Como eran naturales de aquellas regiones, se conocían los senderos y cada lugar del monte mejor que los cristianos y mantenían todos los valles y los campamentos bajo vigilancia desde lo alto de las montañas.

Si una columna comandada por algún capitán valiente decidía subir la cuesta, los moros se ponían al acecho en diferentes puntos a la orilla del camino, separados en pequeños grupos de hombres de armas. Eran expertos preparando emboscadas y podían poner en fuga a un ejército diez veces superior al de ellos. Pero preferían para sus ataques los caminos que dibujaban curvas en zigzag en las inmediaciones de los barrancos. Si se les presentaban ocasiones como esas, dejaban pacientemente que el grueso de las tropas rivales avanzase, y cuando una buena parte del grupo invasor perdía de vista a la otra parte en la vuelta del camino, irrumpían por el lugar en el que el sendero se arqueaba, dividiendo a la columna cristiana por la mitad. Atacaban desde arriba y por los lados, siempre por la parte externa de la letra S que trazaba el camino, para aprovechar mejor el parapeto de los arbustos y el auxilio de la fuerza de gravedad.

La parte de las tropas cristianas que más sufría con aquellas escaramuzas era la que se encontraba en la mitad superior del camino. Los moros se les echaban encima de repente, con una algarabía que resonaba en los barrancos de las montañas como si las voces saliesen del infierno. Les lanzaban piedras desde lo alto de los desfiladeros y abrían fuego contra los castellanos con los propios arcabuces que les habían ido arrebatando durante la guerra. Luego, de donde menos se esperaba, saltaba al sendero algún jinete fornido con argollas en las orejas y pulseras en los brazos, quien hacía estragos entre la soldadesca inmovilizada por la sorpresa y por el peso de las armaduras y de los sables.